

Menores que viven excluidos socialmente en Nigeria

y su adaptación a la vida en la calle



William y Valle con los menores que viven en la calle.

M^a del Valle Rodríguez Pérez

Trabajadora Social.

Máster en estudios migratorios, desarrollo e intervención social. Voluntaria en Nigeria

José Fernando Sánchez Carrillo

Licenciado en Derecho.

Experto en Derechos Humanos. Voluntario en Nigeria

En Calabar, Nigeria, después de un año de experiencia trabajando como voluntarios con menores que viven en la calle, hemos tenido la oportunidad de conocer cómo han llegado a esa situación y como es su proceso de adaptación a esta nueva vida.

En la capital del Estado de Cross River, viven unos 500 niños y niñas en la calle según fuentes policiales, careciendo de refugio, protección o cuidado de algún tipo. Más de la mitad de ellos son desplazados provenientes del vecino estado de Akwa Ibom, algunos de los estados del norte, otro gran porcentaje de aldeas lejanas de Cross River, mientras que otra minoría son originarios de la propia capital.

Causas de desplazamiento

Las causas por las que son desplazados de su lugar de origen, son diversas: la pobreza, la desestructuración familiar, acusaciones de brujería, orfandad y abusos físicos o sexuales.

Pobreza: Muchas familias carecen de recursos económicos, viéndose obligados a vivir hasta 7 u 8 miembros de la familia hacinados en una pequeña habitación en condiciones insalubres. Además la comida es escasa, por lo que todos los miembros de la familia tienen que colaborar trabajando para poder subsistir, incluyendo a los más pequeños. Como resultado, estos menores se ven obligados a trabajar, normalmente vendiendo agua o comida de forma ambulante y por lo tanto sin la posibilidad de ir al colegio. En estas circunstancias las relaciones familiares se deterioran. Algunas veces cuando los menores crecen un poco, se van de sus casas huyendo

de esta situación y buscando su propia suerte en las calles. En otras ocasiones, las familias dan o venden al menor a familias ricas para servicio doméstico, aliviando así su carga. No es raro que estas familias acomodadas exploten al menor haciéndolo cargar con un trabajo excesivo y un enorme sufrimiento. En esta situación el menor es más vulnerable al estar privado de su entorno y es más probable que se produzcan acusaciones de brujería o abusos físicos y sexuales.

Desestructuración familiar: Se produce con la ruptura de un matrimonio, quedando los menores a cargo de uno de los cónyuges, normalmente la madre. El problema comienza cuando este cónyuge encuentra una nueva pareja y rehace su vida sentimental. A veces la nueva pareja no acepta a los menores procedentes del matrimonio anterior. En este momento pueden comenzar situaciones de maltrato, abuso o acusaciones de brujería, que provocan que el menor termine viviendo en la calle. En otras ocasiones, la influencia de la nueva pareja es tan fuerte que directamente expulsa del hogar a todos los hijos o hijas del otro miembro, sin más explicaciones.

Acusaciones de brujería: En Nigeria una gran mayoría de personas creen en la brujería y que niños y niñas pueden estar poseídos por espíritus malignos. Según estas creencias se transforman en brujos/as o en diferentes animales mientras duermen por la noche, pudiendo maldecir, causar daños físicos e incluso la muerte o generar problemas económicos a las personas que estén a su alrededor. Las acusaciones pueden comenzar de tres formas distintas:

1. Sucede alguna desgracia en la familia (muerte de un miembro de la familia, enfermedad, pérdida de empleo, etc.) y a raíz de esto

comienzan a culpar de estas situaciones al “niño/a brujo/a”.

2. La acusación es usada como una excusa para expulsar al niño o niña de la casa por parte de un adulto con intereses personales en ello. Esto suele ocurrir en situaciones de desestructuración familiar, cuando el padrastro o la madrastra, no quieren convivir con los hijos de la otra pareja, los recursos económicos son muy escasos o bien cuando un adulto pretende esconder de esta manera abusos sexuales.

3. Los pastores o sacerdotes acusan directamente a algunos de los menores que acuden a sus iglesias de estar poseídos, con el interés de sacar un beneficio económico por el exorcismo.

Tras el inicio de la acusación el siguiente paso es llevarlo a un pastor, sacerdote o doctor nativo para que confirmen que son niños brujos. Suelen ser obligados a confesar que están poseídos mediante tortura, provocando desde este momento la estigmatización del menor y consecuencias psicológicas severas. Después comienzan a pedir cantidades de dinero elevadas a las familias para exorcizar a los menores. Cuando las familias no quieren (porque la acusación es interesada) o no pueden permitirse pagar dichas cantidades, el menor es expulsado de la casa y acaba viviendo en la calle. En otras ocasiones, es el propio menor el que huye del domicilio familiar debido al maltrato físico de los exorcismos o el sufrimiento psicológico que causa este proceso. Por último apuntar que los medios de comunicación tienen una cierta responsabilidad en esta causa ya que proporcionan espacios a pastores y sacerdotes para que divulguen estas creencias y proyectan con frecuencia films que las difunden.

Orfandad: El número de huérfanos en Nigeria es muy elevado. La gran pandemia de VIH afecta sobretodo a los estados del sur y la malaria también se cobra miles de muertos por falta de acceso a un tratamiento rápido y adecuado. Estos factores se unen a otro de gran importancia, a saber, el fin del sistema de familia extensa: hasta hace poco los familiares cercanos o incluso parientes lejanos se hacían cargo de los huérfanos y los criaban como a un hijo o hija más, sin embargo hoy en día el modelo de familia es el nuclear y ni siquiera los hermanos o hermanas de los padres fallecidos se suelen hacer cargo de sus sobrinos o sobrinas. Otros que aceptan esta responsabilidad, los acaban vendiendo para servicio doméstico o utilizándolos como mano de obra. Esto provoca que un gran número de estos menores acaben viviendo en las calles tras sufrir la pérdida de sus progenitores.

Abusos físicos y abusos sexuales: Los menores son muy vulnerables debido a la escasa protección de la que gozan por parte de las autoridades y a la poca credibilidad que le dan los adultos. Por esto, no son raras las situaciones de abuso físico o sexual continuadas

dentro de la propia familia. Muchas veces guardan silencio acerca de los abusos, otras veces se lo cuentan a otros miembros de la familia, pero casi nunca son creídos e incluso pueden ser castigados por “mentir”. Cuando esta situación se prolonga en el tiempo suelen provocar que el menor se escape de casa.

.....

“Los niños viven en las calles del centro de la ciudad y recogen chatarra de la calle para obtener dinero y sobrevivir. Por su parte las niñas viven en edificios abandonados, más escondidos al público, donde ejercen la prostitución para sobrevivir. Los menores en estas circunstancias corren innumerables riesgos”

.....

La vida en la calle

El recorrido de cada menor hasta la calle es muy diverso, pero la mayoría de ellos acaban viviendo en la capital de Cross River, Calabar. A veces son llevados allí por sus propias familias para que los vecinos del pueblo no los vean en la calle, otras veces los propios menores intentan llegar por sus propios medios, buscando mejores oportunidades, otras tantas son vendidos como servicio doméstico a familias pudientes de la capital de las que después se escapan y en otros casos los menores son originarios de Calabar. Una vez que viven en la calle, los menores se entremezclan sin importar su origen. Forman grupos según edad y género.

Los niños viven en las calles del centro de la ciudad y recogen chatarra de la calle para obtener dinero y sobrevivir. Por su parte las niñas viven en edificios abandonados, más escondidos al público, donde ejercen la prostitución para sobrevivir. Los menores en estas circunstancias corren innumerables riesgos en diferentes niveles: bio-sanitario (malnutrición, retraso en el crecimiento, contagio VIH o ETS, malaria, infecciones, heridas, drogas...), sociales (exclusión, estigmatización, analfabetización, anomia...) y psicológicas (trastornos mentales, trastornos adictivos...).



Menores recogiendo chatarra.



Hogares de niñas que viven en la calle.



Menores jugando.

En el recorrido que han vivido hasta finalizar viviendo en las calle han sufrido un proceso de ruptura con su entorno social y familiar, con su estructura de poder y normativa y con sus modelos a imitar. Por lo tanto han tenido que realizar un proceso de adaptación a su nueva vida. Cuando llegan a la calle, rápidamente se forman grupos de menores donde se entrelazan nuevas **relaciones de amistad y liderazgo**. A su corta edad, estos menores ya han sufrido la decepción que supone que todo su círculo familiar y social les falle por completo. Con esta experiencia a su espalda y en las nuevas circunstancias que tienen que asumir, las relaciones de amistad son un tanto peculiares: la competencia entre ellos por los escasos recursos es feroz, originando constantes peleas o conflictos; los constantes engaños, artimañas y violencia entre ellos provocan la decepción y desconfianza de unos hacia otros, llevando a un mayor individualismo dentro del grupo; a pesar de esto, las relaciones entre ellos son muy fuertes en cuanto a protección y ayuda frente a amenazas externas, enfermedades o cualquier otra adversidad (en estos casos llegan incluso a compartir su comida o dinero con el compañero/a afectado/a); cuando finaliza la jornada de trabajo y la competencia por los recursos, pasan el resto del tiempo jugando y riendo juntos. Como vemos tienen una relación amor-odio. Al fin y al cabo, estas relaciones son necesarias, ya que comparten entre ellos su tiempo, sus risas y sus pesares y además les da una cierta sensación de seguridad.

Los **modelos a imitar** por los menores dejan de ser padres, familiares, profesores o amigos del colegio y ahora los nuevos modelos son otros niños o niñas de la calle, principalmente el o la líder del grupo y los mayores que viven en la calle. Como todo niño/a imitan los comportamientos entre ellos/as. Los que llevan menos tiempo en la calle aprenden de los que llevan más, imitando sus conductas. En todo grupo existe un líder o líderes y los demás suelen seguirlo. Entre estos menores, el o la **líder** es, normalmente, quién más riesgos toma, quién menos miedo tiene, quién es más violento/a, quién consume más drogas, quién más dinero consigue, quién es más fuerte,... Por otro lado, los mayores son más fuertes y tienen más experiencia viviendo en la calle, por lo que consiguen más dinero y no sufren abusos tan frecuentemente como los pequeños. Por estas razones se convierten en los modelos a seguir de los más pequeños. Además los mayores se hacen "respetar" por los pequeños a base de golpes e intimidación. Como vemos, los menores excluidos de la calle tienen por modelos a seguir personas con conductas de alto riesgo.

Por otra parte, sus **relaciones con los adultos** no son muy frecuentes, ya que la mayoría de la población los excluye, sin embargo, existen personas sensibilizadas con estos menores. Algunos dueños de negocios del céntrico barrio de Bogobiri, donde viven los

menores, les dan dinero a cambio de que realicen pequeñas tareas para ellos (fregar los platos, barrer el suelo,...) esto lo hacen para evitar que tengan que realizar trabajos duros como recoger chatarra o prostituirse para sobrevivir y normalmente les ponen como condición que no consuman drogas. Además hay algunos miembros de ONGs que esporádicamente pasan a visitarles, les llevan comida para ganar su confianza y tratan de aconsejarlos. Sin embargo, su relación con la gran mayoría de la población adulta no es positiva. Algunos son indiferentes a estos menores y otros les insultan y excluyen, negando el acceso a cualquier lugar, incluso a los hospitales cuando están enfermos (alegan que están sucios, son delincuentes o niños/as brujos/as). Otros los obligan a trabajar para ellos vendiendo droga o prostituyéndose. Por último, otros adultos abusan de ellos tanto física como sexualmente, especialmente por las noches.

A nivel normativo viven en una anomia absoluta. En su mundo no hay regla alguna, hacen a cada instante lo que les viene en gana, no siguen ningún tipo de conducta y lo único que importa es sobrevivir. Los más pequeños ni siquiera comprenden que es un delito y las consecuencias que acarrea. Viven el instante sin preocuparse lo más mínimo por lo que pueda pasar el minuto siguiente. No existe ninguna persona o institución que se haga cargo de ellos/as y les exija un comportamiento determinado, imponiéndoles unas reglas básicas. La policía no se preocupa de este asunto al no ser que comentan algún crimen grave y las instituciones públicas están comenzando ahora a tener interés por este tema, pero aún están muy lejos de aportar suficientes recursos para solucionar este problema (solo existe un centro para ellos/as que acogen a 110 menores actualmente y esta muy sobrepoblado y sin capacidad para cubrirle sus necesidades básicas, mientras que sigue habiendo más de 500 menores en la calle). Por su parte el poder político no da al poder judicial los recursos necesarios para hacer cumplir la ley de protección del menor, por lo que los adultos que abandonan a menores o abusan de ellos/as se sienten completamente impunes.

En estas circunstancias crecerán sin recibir una educación, sin tener modales, acostumbrados a pelear para sobrevivir, sin miedo a nada, enfadados por la realidad que les ha tocado vivir, llenos de rabia porque no han podido cumplir sus sueños y desarrollando odio hacia una sociedad que les dio la espalda.

Y ahora nos preguntamos: ¿Qué pasará dentro de 10 o 20 años con la vida de estos menores? ¿Aumentará la inseguridad ciudadana? ¿Tiene algo que ver la educación de la población con esta problemática social? ¿Se lamentarán las autoridades y la sociedad de haber sido cómplices pasivos de una flagrante violación de los derechos humanos?



Niños durmiendo en la calle.



Niños vendiendo su chatarra.



Fin de la jornada de un día de trabajo.